

ct

# Trincheras

de  
Gracia Morales

*(fragmento)*

Dentro del abrazo, que no se deshacía, que duraba, Santolalla se sintió agonizar: la mirada de su padre –un destello– ¿no había sido, en la cara fina del hombre cultivado y maduro, la misma mirada del miliciano pasmado a quien él sorprendió en la vida para matarlo?  
“El tajo”. Francisco Ayala

Monta guardia a la boca de la trinchera, donde ahora crecen pastos secos. Da cinco pasos hacia el este y ocho hacia el oeste; cuando ha recorrido ese camino, vuelve a repetirlo.  
“El centinela”. Cristina Peri Rossi

## 1.

ARIADNA

Cuando nací, me bautizaron con el nombre de Ariadna, aunque la gente que me conoce bien me llama Ari. Solo tres letras: Ari. Un nombre sin peso, un nombre libre, que no significa nada. Porque Ariadna siempre me quedó grande: cuatro vocales, tres consonantes. A-r-i-a-d-n-a: demasiado para mí. Mi abuela Teresa me ha contado muchas veces que fue ella quien lo eligió. Nunca entendí por qué. Hasta hoy mismo. Hoy, en el día en que cumpla dieciocho años, he entendido por qué me llamo Ariadna y cuál es la misión que me deparaba este nombre.

TERESA MAYOR

Ariadna, ven. Siéntate a mi lado.

ARIADNA

Ari, abuela, llámame Ari.

TERESA MAYOR

Qué guapa estás hoy. Esa blusa roja destaca el color de tus ojos. Tengo un regalo muy especial para ti.

ARIADNA

¿De verdad? ¡Gracias! Pero... esto... Es una cuerda... No lo entiendo.

TERESA MAYOR

Hay un lugar, Ariadna, ahí arriba, en el monte. Y hay un hombre dentro. Lleva meses ahí solo, perdido, acechado por un monstruo al que no se puede ver. Ahora que has cumplido dieciocho años tienes que ser muy valiente, atarte esta cuerda y entrar al laberinto.

ARIADNA

Después mi abuela se levanta y se acerca, cojeando, hasta una cómoda antigua. Saca una caja de madera. Busca una llave pequeña entre sus ropas, la mete dentro de la cerradura y la abre.

2.

DIEGO JOVEN

¡No! ¡No! ¡Sal de ahí!

TERESA JOVEN

Diego, ¿qué... qué pasa?

DIEGO JOVEN

Ya llegan, ¡corre!, ¡se están acercando!

TERESA JOVEN

Despierta. Estás aquí. Estás aquí, ¿lo ves? Soy yo, Teresa. Y esta es tu casa. Aquí no hay ningún peligro.

DIEGO JOVEN

Enciende la luz. Por favor. Necesito luz.

TERESA JOVEN

Estás sudando. Espera, te traigo un poco de agua.

DIEGO JOVEN

No. No te vayas, por favor. No te vayas.

TERESA JOVEN

Claro, me quedo. No pasa nada. Sólo ha sido una pesadilla. Tranquilo, tranquilo. No me alejaré de ti.

## 3.

## TERESA MAYOR

Después de la guerra, los hombres fueron llegando a la ciudad como fantasmas. Con la mirada huidiza. Más delgados que nunca, más ausentes que nunca. Todas las mujeres esperábamos con el alma en vilo, con los ojos gastados de tanto mirar a lo lejos, esperando ver acercarse a nuestro marido, a nuestro hermano, a nuestro hijo. Rogando que volvieran. Sabíamos que llegarían heridos, ciegos, alcohólicos, locos, o como fuera, pero queríamos que volvieran.

## TERESA JOVEN

Has vuelto. Eso es lo importante. Me lo digo una y otra vez mientras te abrazo y te consuelo tras esas pesadillas, de las que despiertas con los ojos llenos de espanto. Has vuelto, aquí te podrás curar de la angustia, me digo, aquí, poco a poco, nuestro hijo y yo te iremos devolviendo la alegría. Nunca me cuentas cómo son las imágenes que te torturan cada noche. Yo tampoco te he preguntado mucho; por cobardía o egoísmo, pero prefiero no saber lo que has hecho, lo que has vivido durante ese tiempo de la guerra. Lo vas a olvidar, lo vas a olvidar, eso me digo, es solo cuestión de tiempo.

## DIEGO JOVEN

Te preguntas qué hacer ahora con este vacío. Te preguntas si lo curará el tiempo, como piensa Teresa. Porque nadie te ha enseñado eso: nadie te ha enseñado a curarte del vacío. Son otras cosas las que aprendiste allí: a cargar un fusil, a cavar una zanja. Te hablaron del sentimiento del honor, del sacrificio, de la heroicidad de luchar por la patria. Te prepararon para obedecer y disparar sin dudar sobre el cuerpo de otro hombre. Porque es tu enemigo, eso te dijeron: es tu enemigo y hay que acabar con él. Y lo haces. Disparas a ciegas, al principio, cerrando los ojos, no queriendo ver cómo los cuerpos caen. Pero luego sientes las balas que llegan del otro lado, balas sin nombre que pasan muy cerca de tu propia carne, y entonces crece una rabia por dentro y gritas como un loco mientras aprietas una y otra vez el gatillo. La primera vez vomitas, cuando hueles la sangre o ves un rostro destrozado por las balas. Pero pasan los meses y te vas anestesiando. Parece que ya no duelen tanto las heridas, el frío, el miedo; que no duela así la pena de ver desangrarse a un compañero o la angustia cuando escuchas el llanto de los niños. Te vuelves de piedra. Hasta que un día te dicen: “Ya está. Ha acabado, podéis regresar a vuestra casa. Ya no sois necesarios aquí”. Y obedeces otra vez y echas a andar hacia tu pueblo. Pero, ¿cómo se borran las imágenes de lo que has vivido allí? Nadie te dice cómo hacer para sentir de nuevo el cariño, la alegría, la ternura. Tu mujer te recibe, nerviosa, y te mete dentro de la casa; te acerca una silla, te toca el rostro, llora; tu hijo entra también, algo asustado, y Teresa le dice, acércate, Javi, abraza a tu padre. Y tú te dejas rodear por esos brazos tan pequeños. Pero no sientes nada: eres un muñeco de piedra. Un muñeco de piedra que no sabe cómo volver a ser un hombre.

## 4.

ARIADNA

Estoy dormida. Y sueño. Sueño con un espacio alto, lleno de luz y calma. Solo se escucha el sonido de los pájaros. Yo ya he estado aquí antes. Aunque esté soñando, percibo que ya he estado aquí antes. Camino sobre la tierra y las huellas de mis pies desaparecen justo cuando los aparto del suelo. Llevo una cuerda atada a la mano. Entonces veo ahí, en medio de la luz a un hombre joven. Está sentado sobre unas rocas y talla con una navaja un trozo de madera. Lleva un uniforme de soldado. Al principio pienso que debe ser mi abuelo, mi abuelo Diego, el que desapareció durante la guerra. Pero no se parece a él. No se parece a las fotos que he visto de él. Me acerco despacio, con la sensación de que este hombre me está esperando.

MIGUEL

Ariadna.

ARIADNA

¿Cómo sabes mi nombre? ¿Quién eres?

MIGUEL

Soy Miguel.

ARIADNA

¿Miguel?

MIGUEL

La última vez que te vi eras un bebé. Te traía la mujer que viste de azul. Ella. Te traía en sus brazos. No lloraste aquel día. Eso me gustó. No sé qué edad tendrás ahora.

ARIADNA

Mañana cumplo dieciocho años.

MIGUEL

Se lo tengo que recordar a tu abuelo. Se alegrará de saberlo.

ARIADNA

¿Mi abuelo?

MIGUEL

Diego. Tu abuelo Diego. Él está aquí conmigo.

ARIADNA

¿Dónde? ¿Dónde está?

MIGUEL

Aquí. En el sitio en el que nos dejaron.

5.

DIEGO JOVEN

Mi querida Teresa. No te imaginas cuánto me cuesta escribirte estas palabras.

TERESA MAYOR

Hay que empezar por aquí: por esta nota.

DIEGO JOVEN

No me he atrevido a despertarte para hablarlo contigo, porque tratarías de convencerme, de hacerme entrar en razón.

TERESA MAYOR

Tu abuelo se marchó durante la noche, sin que yo me diera cuenta.

DIEGO JOVEN

Necesito irme y estar unos días solo. Siento que tengo un ancla atada a mis piernas que me hunde y me hunde

TERESA JOVEN

y no quiero arrastrar a nadie más.

TERESA MAYOR

Solo se llevó algo de ropa y comida.

DIEGO JOVEN

Sé que no estoy siendo bueno contigo,

TERESA JOVEN

que te dejo sola otra vez.

DIEGO JOVEN

Pero me ahogo aquí. Espero que sepas perdonarme.

TERESA JOVEN

Dale muchos besos a nuestro hijo de mi parte.

DIEGO JOVEN

Tu esposo que te quiere.



TERESA JOVEN Y TERESA MAYOR  
Diego.

6.

DIEGO JOVEN

Llego a las trincheras caminando bajo la luz del atardecer. Vuelvo a ver las zanjas, los túneles, los puestos de observación...: lo que queda del recuerdo, tallado en la piedra. Pero todo es tan diferente. El lugar parece tranquilo, amable, incluso bello, con todo este horizonte ante los ojos. Entonces veo a Miguel, ahí, sentado sobre unas rocas. Tiene una pequeña navaja en la mano con la que talla un trozo de madera. Cuando se percata de mi presencia, no parece sorprenderse.

DIEGO JOVEN

Hola. ¿Tú eres Miguel, verdad?

MIGUEL

Miguel, sí. Ese soy yo.

DIEGO JOVEN

Yo... Me llamo Diego. ¿Sabes quién soy?

MIGUEL

Sí.

DIEGO JOVEN

No estaba seguro de si te encontraría.

MIGUEL

Estoy en el sitio en que nos dejaron.

DIEGO JOVEN

Esa frase, sí. Eso es lo que me dijiste. Hace tres noches, en un sueño. Y también, también me decías...

MIGUEL

Hasta aquí solo sube quien de verdad lo desea. Los que pisan con dudas, siempre equivocarán el camino. Porque para entrar primero hay que deshacer el nudo de los miedos.

DIEGO JOVEN

Eso es. Sí. El nudo de los miedos. Esas fueron tus palabras. Al despertar entendí que me hablabas de esta trinchera. Por eso he venido.

MIGUEL

Este lugar no te pertenece. Es nuestro, de nosotros, los que nos quedamos. Tú eres un intruso aquí.

DIEGO JOVEN

Se da la vuelta y se aparta. Esconde entre sus manos la figura que está tallando, para no dejarme verla. Una figura pequeña, que creo que imita la forma de un hombre.

## 7.

ARIADNA

En la caja mi abuela guarda también algunos objetos: un mechón de pelo largo y oscuro, fotos, figuritas de animales tallados en madera: un pájaro, un caballo... Y cartas, al menos una docena de cartas, atadas con una cuerda gruesa, parecida a la que me ha entregado.

TERESA MAYOR

Ten cuidado, que el papel es muy frágil. Están puestas todas las fechas. Tuve que ir haciéndolo, porque si no la memoria se confunde.

DIEGO JOVEN

Querida Teresa: Te hago llegar esta carta a través de Enrique, un excombatiente como yo, a quien he conocido en estos días.

TERESA MAYOR

Esa es la primera que recibí suya. Ya hacía seis semanas desde que se había marchado.

DIEGO JOVEN

Espero que te ponga contenta recibirla y saber que no os olvido, ni a ti ni a Javi.

TERESA MAYOR

Cuando me la trajo el cartero yo estaba desesperada ya. Seis semanas sin saber nada de él... Preguntándome dónde estaría, por qué se había ido de esa manera.

TERESA JOVEN

Quiero que sepas que a cada momento pienso en vosotros.

DIEGO JOVEN

Pero he necesitado volver. Volver al lugar donde pasé los últimos meses de la guerra.

TERESA MAYOR

Seis semanas soportando las preguntas de mi familia, las miradas silenciosas de los vecinos.

TERESA JOVEN

Creo que aquí, poco a poco,

DIEGO JOVEN

podré curar algo que se ha roto dentro de mí. Y cuando me ponga bien,

TERESA JOVEN  
regresaré contigo.

TERESA MAYOR

En ese tiempo me convencí de que el problema era yo, que no había sido buena esposa, que no había sabido cómo ayudarle.

DIEGO JOVEN

Por favor, dile a mi madre

TERESA JOVEN

que estoy bien.

DIEGO JOVEN

Tu esposo que te quiere,

TERESA JOVEN

Diego.

TERESA MAYOR

Seis semanas y entonces esta carta... ¿Te puedes imaginar todo lo que sentí en ese momento?

ARIADNA

No, no me lo imagino. ¿Cómo me lo voy a imaginar? ¿Mi abuela piensa que de pronto voy a poder entender todo esto? ¿Ella cree que con darme una cuerda y estos papeles viejos ya voy a saber cómo aceptar esto, este agujero que se ha abierto de pronto en mi garganta? ¿Por qué me lo han ocultado tanto tiempo? ¿Qué quieres de mí?, le pregunto a mi abuela. ¿Para qué me cuentas esto hoy? ¿Qué quieres de mí?, casi le grito. Pero ella no me contesta. Parece que tampoco me oye. Es como si, de pronto, ya no estuviera conmigo, como si se hubiera escapado muy lejos de esta habitación.

8.

DIEGO MAYOR

Aquellos ojos verdes / de mirada serena /

TERESA MAYOR

dejaron en mi alma / eterna sed de amar. /

DIEGO MAYOR

Anhelos de caricias / de besos y ternuras. / De todas las dulzuras / que sabían brindar. /

TERESA MAYOR

Aquellos ojos verdes / serenos como un lago /en cuyas quietas aguas /un día me miré, /

DIEGO MAYOR Y TERESA MAYOR

no saben las tristezas / que en mi alma han dejado / aquellos ojos verdes / que yo nunca besaré.

## 9.

DIEGO MAYOR

Sí, sí, ya les oigo, tranquilo. Debe ser otro colegio. Voy, ya voy. Que sí, que me da tiempo, hombre. Qué suerte tienes tú que no tienes que esconderte. Mira, hoy es una profesora, bastante joven, debe ser de tu edad. Es bonita. ¿Te gusta o no? Venga, sí, vamos a escucharla, a ver lo que dice. Se equivoca, ¿ves?, ya se está equivocando, no son siete, son ocho y medio, son ocho kilómetros y medio. Claro que importa: el perímetro es de ocho kilómetros y medio. Y hay puntos de observación, nidos de ametralladora, escaleras, túneles, ¡joder!, hay que explicarlo todo bien porque si no, no sirve de nada que vengan aquí a... ¿Yo? ¿Qué les voy a contar yo? Si me ven, se asustan y salen corriendo. Son solo críos, ellos no entienden. Piensan que soy un loco. Eso piensan, claro. El loco que habla solo. Espero que estos de hoy no me pisen las tomatas, porque los últimos que vinieron, lo dejaron todo destrozado y bastante me cuesta sacar esas plantas adelante con el frío que hace aquí arriba. No, estate tranquilo, por allí no jugarán. Si van hacia allí yo les espanto, sí. He quitado las flores, claro, como siempre. No te preocupes, hombre. Es que después de todos estos años, ¿seguís sin fiaros de mí?